

## La arquitectura española en Marruecos

Más que una estrecha faja marítima parece habernos separado de Marruecos desde el siglo XV varios centenares de leguas de mar bravío. Sin embargo aquel país, cuyas afinidades con la mitad meridional de España son extraordinarias, latió durante largo tiempo al mismo ritmo que la fecunda tierra andaluza. Aun hoy, después de cinco siglos de ignorancia y olvido, pasados nosotros atentos a girar al menor soplo septentrional, tratando de sacudirnos el polvo secular de nuestra historia, vegetando los marroquíes en su vida estacionaria, apartados del resto del mundo, el español del Sur que recorre las ciudades y campos de Marruecos cree encontrarse en su tierra natal, y el habitante del otro lado del Estrecho que visita España tropieza por todas partes con reminiscencias de su país.

Comienza a vulgarizarse la idea de que nuestro suelo y nuestra idiosincrasia son más africanos que europeos. No en balde desde remotos tiempos el espíritu peninsular fecundóse al contacto del Oriente. El mar interior fué ruta fácil de enlace con las civilizaciones milenarias, mientras los Pirineos eran ingente barrera aisladora de pueblos bárbaros, ignorantes de los refinamientos artísticos nacidos en el extremo opuesto del *mare nostrum*. El suelo ibérico, excavado en estos últimos tiempos por multitud de exploradores ávidos de desenterrar las huellas de las más antiguas épocas de nuestra historia, va dando a luz cada día restos que aprietan las ataduras que nos ligan a los pueblos orientales de la edad antigua. Entre las naciones europeas podemos presumir de una noble y remota antigüedad de cultura. Cerrando el mar interior, cuna de las antiguas civilizaciones; vigilando el Océano inmenso y misterioso, la Península fué avanzada de un intenso foco de civilización, lugar de reunión de gentes hiperbóreas, audaces marinos y comerciantes del Mediterráneo oriental y aluviones de muchedumbres africanas.

El gran foco musulmán de Occidente durante la Edad Media estuvo de este lado del Estrecho. La Andalucía árabe irradió vida y cultura por el Norte de Africa, y aun hoy, cuando se pregunta a algún indígena delante de un monumento de Fez, Marruecos o Rabat quién lo construyó, es muy frecuente que conteste fueron gentes de las islas, es decir, del otro lado del mar, de Andalucía. La aportación de Marruecos a la civilización árabe española es, en cambio, bien escasa. Réplicas de algunos de nuestros monumentos musulmanes parecen los marroquíes, y hoy empieza a entrecerse la posterioridad próxima de muchos de ellos, de análogo estilo que los españoles. Sin conocer a fondo nuestro arte árabe, mal podrá entenderse el del Norte de Africa, tributario suyo.

\* \* \*

Las viejas ciudades españolas, desfiguradas hoy por obra de administradores y técnicos bárbaros e ignorantes, no tienen nada que ver con las europeas medievales. Su organización, su trazado responden a un clima y a un suelo distintos de los de aquéllas y a una vida social completamente diferente. Aun hoy, tras cinco siglos

de vivir de espaldas a la tradición medieval, ignorando nuestra historia y renegando de nuestro espíritu, Toledo, Córdoba, Granada, Almería y tantas otras villas y ciudades de la España meridional conservan gran parte de su viejo encanto que tal vez nuestra generación sea la última en gozar, pues al quietismo de cuatrocientos años ha seguido el afán renovador con arreglo a la antepenúltima moda europea.

De cómo eran esas urbes en el siglo XV podemos juzgar por las marroquíes que desde entonces permanecen casi inalterables. Fez, Tetuán, Marruecos, Uxda y Rabat nos dan perfecta idea de Córdoba, Sevilla, Granada y Jaén al morir la Edad Media. Marruecos era entonces una prolongación de Andalucía, refugio de los musulmanes huídos y expulsados de España.

\* \* \*

Parece que a la zona de protectorado español de Marruecos deberíamos haber llevado — nadie como nosotros para hacerlo — un arte de la construcción de núcleos urbanos y edificios que fuera la depuración y adaptación moderna de las enseñanzas aprendidas en esas ciudades de la España meridional, como Toledo, Granada, Córdoba, Tarifa, Almería y tantas otras impregnadas aún de espíritu oriental. Nadie tan capaces como nosotros para comprender y aplicar lo que debería ser una villa marroquí, para conservar su carácter y estilo dentro de las necesidades actuales, para edificar a su lado barrios modernos que no desarmonizasen con aquéllos. No teníamos más que exhumar la tradición medieval, utilizar las enseñanzas aun bien visibles en nuestro propio solar. Y, sin embargo, ¿cuál ha sido nuestra labor? ¿Cómo es la Melilla que hemos construido? ¿Y los nuevos edificios de Larache, de Tetuán, de Ceuta? Rápidamente vamos a verlo.

\* \* \*

La ciudad de Melilla puede decirse creada en estos últimos años. Dos mil habitantes tenía en 1875; 58.280 en 1919. En 1902 sus casas eran 485; en 1915, 3.046. Si tan sólo hubiéramos sido medianamente previsores, debíamos haber hecho un plan de urbanización y ampliación de la ciudad, bien estudiado, atendiendo a los múltiples factores que hoy integran la ciencia moderna del urbanismo. Melilla pudo ser una ciudad ideal, bellísima, modelo de higiene y de adaptación al medio. Imprevisores siempre, dejamos que creciese libremente, según las necesidades del momento y el capricho de sus habitantes. Y hoy Melilla es una ciudad más de las modernas del mediodía español, de calles rectas, manzanas regulares, casas horribles de cemento, de un estilo bárbaro, lleno de adornos pegados. Tal la vía de Alfonso XIII. Los edificios que presumen de alguna monumentalidad, como la Cámara de Comercio, son de un espantoso pseudomodernismo. Y los proyectos de urbanización, como el de un absurdo bulevar a la entrada de la ciudad, son modelos de incompetencia y mal gusto.

\* \* \*

En Melilla hemos creado una urbe nueva; en Tetuán nos encontramos con una ciudad vieja, original y bellísima. Junto a ella, respetándola en parte, aunque no

tanto como debiéramos, edificóse un barrio europeo. Parece que éste debió hacerse en condiciones de que aumentase nuestro prestigio entre los refinados moros tetuaníes: íbamos en plan de civilizadores, y mal comienzo era que nuestro barrio pareciera, al lado de la vieja ciudad, pobre, antihigiénico y mezquino.

En el barrio europeo de Tetuán «no hay alcantarillado, ni agua, ni arcos, ni ajimeces. Las casas, antiestéticas, de pésimo gusto europeo, hechas de cualquier modo, con el único objeto de lograr de ellas un rendimiento crecidísimo por los precios de alquiler *bárbaros*, están plantadas en unas calles orientadas de *Levante* a *Poniente*. Para dar acceso a este precioso barrio, se ha derribado todo el lienzo de muralla que existía desde la puerta de Tánger hasta el sitio donde estaba el zoco del trigo...» (1). La plaza de España, centro de la población, está convertida en un jardinito de mal gusto, con una ridícula fuente rústica y plantada de unos raquíticos plátanos y acacias. «Fueron echándose abajo, uno tras otro, los airosos arcos que daban paso a las salidas de la plaza. Primero, el que conduce a la calle donde se encuentra el palacio del Jalifa (el Mexuar); después, el que daba acceso al zoco del trigo; y, por último, el que cerraba la judería y el que conducía a la calle del Tarrajur, por donde uno va a parar a la puerta de la Reina.»

\* \* \*

Los edificios que hemos construido en la zona española de Marruecos lo fueron con absoluto desconocimiento del país y del espíritu de los musulmanes que lo pueblan. Edificamos allí de prisa y mal, según el modelo de las construcciones peores y de peor gusto de Málaga, Almería o Algeciras, esas construcciones modernas y precarias en las que se ignora por completo la tradición y las condiciones geográficas del país. En Melilla, en Tetuán o en Larache no nos hemos preocupado para nada del clima al construir. Las calles nuevas, anchas y rectas, como las de una ciudad de la Europa central, oriéntanse para que las barran los fuertes vientos. Las casas hácese con grandes balcones y miradores, por los que en el verano penetra un calor asfixiante. Los muebles de su interior son los mismos de nuestras menguadas viviendas europeas.

Pero cuando hemos querido inspirarnos en el país para edificar, el resultado ha sido aún más deplorable. La arquitectura árabe, ignorada por casi todos los que han construido en Marruecos, caracterízase para ellos por el arco de herradura. Y varios edificios modernos — estaciones de ferrocarril, hospitales, etc. — los ostentan entre adornos de mal gusto propios de una arquitectura acartonada, de pabellón de Exposición universal.

\* \* \*

En resumen: como urbanistas y constructores, nuestra aportación a la zona española de Marruecos no ha podido ser más mezquina y deplorable. Hemos demostrado incompetencia y mal gusto, y en vez de salir de nuestro solar para mostrarnos

(1) Got., *Recuerdos de un viajero*, I. (*El Sol*, Madrid, 16 de mayo de 1919.)

ante las miradas de los extraños con los mejores arcos, sacamos los peores y más viejos de que disponemos. No supimos seguir siquiera el ejemplo de Francia, que encargó a uno de sus mejores especialistas la urbanización de las grandes ciudades del Marruecos francés. Hemos oscilado entre la caricatura del aspecto moderno de las ciudades españolas del Mediodía, que a su vez lo es de otras europeas, o unas imitaciones árabes con aspecto de construcciones de cartón y decoraciones de barbería. Ello no es un secreto para ningún aficionado a estas cuestiones que posea una mediana sensibilidad artística. Decirlo puede parecer a bastantes un punible atrevimiento, ya que el silencio y la persistencia en el error pasan con frecuencia por fórmulas supremas de patriotismo.

LEOPOLDO TORRES BALBÁS.

